

nadie ha ocupado despues aquella celda. Sabido es que cuando Napoleon hizo su expedicion á Egipto, desembarcó en Jaffa, y avanzó hasta Ramma, desde donde se proponia ir á poner sitio á Jerusalem; pero en Ramma recibió una embajada de los turcos de Jerusalem, manifestándole que en el templo del Santo Sepulcro tenian cerrados todos los cristianos de la ciudad; que si daba un solo paso adelante, prendian fuego al templo para que se hundieran y pereciesen entre sus escombros todos los cristianos. Atemorizado, sin duda, con esta amenaza Napoleón, ó por otras razones que son desconocidas, no dió un paso más hácia la Ciudad Eterna, y llevó sus armas á otra parte.

A las ocho se puso la mesa para cenar, en un aseado y extenso refectorio, rodeado de divanes cubiertos de percalina azul á florecitas de colores; todos cenaron con apetito, y yo, segun costumbre que hace muchos años tengo, tomé una jicara de chocolate. Pocos momentos despues entraron á hacernos la tertulia el presidente fray Manuel Pascual y cuatro frailes españoles, en cuyo semblante se veia reflejado el placer que experimentaban al encontrarse con un español.—"Ya que tan pocos, exclamaban ellos, vienen á visitar estos santos lugares." A las diez nos recogimos en nuestras celdas: á mí me destinaron una magnífica con tres camas, á la que se entra por un gran patio, ó mejor dicho, por un jardin. En vez de acostarme me puse á escribir en mi diario las im-

presiones del dia; como hacia calor abrí una reja, por la cual entraban las ramas de los naranjos y los limoneros, perfumando con el aroma de su azahar la habitacion; y mientras escribía oia ladrar los mastines dentro del convento y aullar los chacales á la otra parte, pero muy cerca de los muros.

IV.

Puesto que nos hallamos en casa de Nicodemus, mientras todos duermen, vamos nosotros á referir un detalle de aquel justo varon, que muy relacionado se encuentra con España, y más aún con Madrid. Muerto Jesus, manifestó su Santísima Madre gran aficion á la cámara en que se celebró la cena, aquella última cena, precursora de la redencion del género humano; muchos ratos pasaba la Virgen con los apóstoles en esa cámara, donde bajó el *saber divino* en lenguas de fuego: pues bien, en otra cámara contigua á ella, y á la cual se entra subiendo cinco ó seis peldaños de piedra, Nicodemus, que era escultor, quiso retratar á la Virgen Santísima, y estando ella delante esculpió su imagen, á la que dió el colorido San Lúcas, que era pintor, por lo cual supone la crónica que de este hecho se ocupa, tenga gran parecido con el original. Cuando poco despues los apóstoles se esparcieron por todos los ámbitos de la tierra con obje-

to de predicar el Evangelio, Santiago el *Mayor* tomó aquella imágen y la trajo á España. Santiago llegó en España á la region que se extiende entre los montes carpetanos y los oretanos, *Guadarrama y los montes de Toledo*, y entró en un pueblo muy pequeño, á manera de gran castillo, llamado entónces *Mantua Carpetana*, que sobre una colina, á cuyo pié se desliza un rio, habia fundado el celta Ogno-Manior. Con su inspirada palabra no solo logró Santiago convertir algunos infieles al cristianismo, sino que del templo de Júpiter arrancaran la pagana estatua, y colocaran y veneraran la imágen de María, que habian esculpido Nicodemus y pintado San Lúcas. El rio que serpenteaba al pié de la colina, es el *Manzanares*; el pueblo que á manera de castillo se alzaba en la cumbre de la colina, llamado *Mantua Carpetana*, es *Madrid*. En el año 711, cuando los moros invadieron nuestra bella península, ocultaron los cristianos de Madrid su *Virgen*, para librarla de la profanacion musulmana, y en el año 1085, reinando en Castilla y Leon Alfonso VI, los descendientes de aquellos cristianos buscaron la imágen que ocultaran sus antecesores, de cuyo hecho conservaban vagas tradiciones, y como la encontraron milagrosamente en la almudena de un muro, la designaron desde entónces con el nombre de *la Virgen de la Almudena*. La revolucion de 1868 derribó ese templo, perla de la religion, joya del arte, y *la Virgen de la Almudena* fué trasladada á la

iglesia del Sacramento, donde hasta el dia de hoy se la venera.

V.

Continuemos nuestro viaje. Segun la noche anterior habiamos convenido; nos levantamos á las cinco de la mañana casi todos los viajeros; el venerable carmelita fray Giovane de Santa Teresa celebró misa en la capilla, taller en otro tiempo de Nicodemus, y dos frailes y yo asistimos á ella. Jamas hasta entónces habia yo oido una misa con tanta devocion; aún reinaba en la naturaleza el silencio de la noche, y en aquel oratorio, retirado del mundo, lleno de recuerdos, se disfrutaba una calma tan dulce como la que deben experimentar las almas bienaventuradas. Concluida la misa me dirigia al altar; yo mismo saqué de los candeleros las medias velas que habian alumbrado durante el Santo Sacrificio, y entregando al fraile sacristan una moneda de veinte reales para que comprase cera, le dije que me traia á España como recuerdo aquellas dos medias velas. El sacristan, que era español, se alegró muchísimo de mi resolucion, y no queria recibir el dinero, que al fin le obligué á tomar; pero mi compañero de viaje, fray Francisco de Nápoles, que todo esto vió, se empeñó en que le regalase una de ellas, y aunque yo me resistí bastante, me lo suplicó.

con tal insistencia, que no pude ménos de acceder á sus deseos. Conservo esta vela entre los muchos objetos que traje de la Tierra Santa y del Egipto, con los que he formado un pequeño para mí queridísimo museo. A las seis y media desayunamos todos los viajeros en el refectorio de los frailes, no en el que habíamos cenado; todos tomaron té con leche, ménos yo que tomé chocolate hecho á la española. A las siete de una mañana agradable y templada nos encontrábamos en uno de los patios del convento, montando con gran algazara unos en sus caballos y otros en la fatal carroza, acompañados del presidente fray Manuel Pascual y de varios frailes españoles, italianos y franceses.

Entónces se ofreció á mi vista un cuadro repugnante y doloroso, pero que me proporcionó el no pequeño placer de ver representadas con sus propios matices, escenas de las que tantas veces habia leído en el Antiguo y Nuevo Testamento. Eran cuatro leprosas y dos leprosos, con sus trajes orientales, que sentados á la sombra de los naranjos, de los nopales y de los granados del patio nos pedian limosna con lastimeros gemidos; unos tenían grandes manchas blancas en la cara y brazos; á otros se les habia caido el cabello á raíz: uno habia perdido á pedazos una mano; otro imploraba la caridad pública con una campanilla porque se le habia desprendido la falinge: yo, que desde la carroza donde ya estaba sentado, cuando aquellos

infelices llamaron mi atencion, me los quedé mirando con interés; pensé en mis adentros, ántes de que fray Manuel Pascual me lo dijera, que eran leprosos, porque todos presentaban los horribles síntomas que designa el *Levítico* cuando se expresa en estos términos: «*El hombre en cuya piel y carne apareciere color diverso, á postilla parecido, ó alguna cosa como reluciente, esto es llaga de lepra.*» CAP. 13, v. 2.

Pero si honda y triste impresion me produjo la vista de aquellos desgraciados, de quienes fray Pascual me dijo, «que aunque pedian limosna no estaban mal de fortuna,» reflexioné con una satisfaccion que consoló mi alma, que la ley de gracia ha derogado con su caridad los duros preceptos de la ley antigua; que ya nadie huye de los leprosos; que el hermano sano se acerca al hermano enfermo, y que á aquellos desventurados se permite vivir dentro del pueblo, mezclados con la demás gente, olvidando el precepto del mismo *Levítico* que dice: «*Todo el tiempo que está leproso é inmundo habitará solo, fuera del campamento.*» CAP. 13 v. 40.

A las siete de la mañana nos despedimos de aquellos benéficos frailes, á quienes lo mismo que á los demás frailes de Tierra Santa envió un cariñoso recuerdo desde mi gabinete; y alegres comenzamos nuestro viaje con la grata idea de que ántes de ocultarse en el Oceano aquel sol que radiante aparecia en Oriente, ya habríamos nosotros entrado en la deseada ciudad, en la C. Eterna